

# NOTAS

---

Una rectificación histórica

## ¿Final del dogma comunista?

LA HISTORIA ES EL LABORATORIO de experimentación de los sistemas económicos y políticos, los cuales, antes de ser sometidos a prueba en las prácticas de gobierno, no pasan de ser simples esquemas mentales.

A diferencia de otros sistemas que se han generado en el proceso natural y, en gran medida, espontáneo de la historia humana, el sistema comunista es un esquema mental por excelencia. Corresponde a una novedosa y seductora forma libresca de gobierno, ideada casi exclusivamente por el poderoso y febril cerebro de Carlos Marx, y que implicaba —como lo consagró Lenin ya en el poder— no la mejoría de un sistema conocido sino el vuelco total de la organización económica y social anterior, el “vuelco completo de la tortilla”. Este cambio total necesitaba, más que ningún otro, de la dura y definitiva prueba de la experimentación.

Pues bien: a los 65 años de nacimiento del Estado soviético<sup>1</sup>, la prueba en el laboratorio de la historia, después de tan prolongada insistencia, le ha sido adversa. El Parlamento soviético aprobó el día 19 de noviembre último por unanimidad —no hubo un solo voto en contra entre sus numerosos integrantes— la nueva ley que permitirá el funcionamiento en la URSS de empresas privadas individuales y familiares a partir del 1o. de mayo de 1987.

No vacilamos en calificar este acontecimiento de verdaderamente histórico por razón de sus consecuencias políticas, algunas de las cuales deseamos analizar someramente.

La primera de ellas es que se ha roto un principio básico del dogma comunista, que es la propiedad pública de los medios de producción. La consagración oficial de un modo de producción capitalista, fuera de la planificación central y aunque solamente se refiera a pequeñas empresas de servicios y familiares, significa que volverá a cobrar vida la iniciativa individual y que estas empresas, a la luz de su legalidad, brotarán como hongos en la extensa superficie rusa. Serán, sin duda, enclaves capitalistas donde revivirá el espíritu creador, la productividad, la sensibilidad imaginativa para responder a los deseos del consumidor, el sentido de pertenencia en la creación y conservación de las empresas, la proximidad humana y capacidad de decisión entre propietarios y trabajadores, la estimulante aventura de invertir

IV TRIMESTRE 1986

recursos y esfuerzos con la esperanza de recibir el premio representado en la apropiación individual de una parte de las utilidades... En pocas palabras, un pequeño espacio en donde ejercer sin temor cierta libertad económica, que, sin duda, traerá un renacimiento de la cultura y el espíritu capitalista en la propia sede mundial del anticapitalismo.

Es cierto que, desde varias décadas atrás, existió una creciente franja de pequeñas empresas y fundos agrícolas privados en Hungría, Polonia y Yugoslavia, principalmente. Pero eso se hacía como a hurtadillas de Moscú, porque Moscú, a pesar de mirar con asombro el fenómeno de productividad e imaginación creativa que representaba este sector heterodoxo, no había dado su brazo a torcer. Con la bendición impartida por el gobierno soviético, el sector de las empresas privadas dentro del área de la economía socialista disfrutará ahora de una legitimidad que lo afianzará y le permitirá expandirse.

Podríamos afirmar que el proceso soviético de las rectificaciones ideológicas —antes algo impensable— no se detendrá aquí. Por el contrario, es de suponer que ahora será más fácil, de menos riesgo político vender —para emplear un término capitalista— al Comité Central enmiendas adicionales al paquete doctrinario que, como agobiadora camisa de fuerza, ha constreñido a la Unión de Repúblicas Socialistas hasta el punto de convertir su inmenso conjunto en una de las sociedades más uniformes, cerradas e inmovilizadas de toda la historia.

El acontecimiento comentado nos pone de presente el riesgo de equivocación y costo en errores que siempre están implícitos en las afiliaciones incondicionales a los códigos de doctrina política, y en la adopción, por parte del Estado, de una filosofía oficial que debe seguirse como artículo de fe, como dogma intangible. Para el espíritu liberal y la ciencia política esto es el horror, inadvertido y practicado, desgraciadamente, en medio mundo. Y es precisamente eso, el solemne compromiso inviolable con el catecismo de una escuela política —de las tantas que han sido y serán en la historia del mundo— lo que tiene atadas las fuerzas productivas del desarrollo humano, cultural y económico de la Unión Soviética. Que es a lo que no han querido, disimuladamente, someterse los países del este europeo ni, abiertamente, la China de Deng Xiao-Ping.

Estamos muy lejos de los escenarios centrales de la politología mundial, pero no podemos menos que meditar en esa singular, extraña situación que vive una nación tan extensa, tan importante y tan poderosa como la Unión Soviética que, no dudamos, comienza a estar consciente de que no puede resignarse a ser una potencia de segundo orden. Porque si bien es cierto que el marxismo-leninismo la llevó a un admirable grado de desarrollo, es también evidente ahora que éste se ha detenido, hasta el punto de que hoy, como lo expresa en el mundo una extendida opinión, el experimento soviético no camina, se ha congelado.

La mística que despertó uno de los más apasionantes ensayos ideológicos de la historia, la Revolución Bolchevique del 17 y su acceso al poder

---

1/ 1921 marca el establecimiento oficial de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de su primera constitución, al finalizar la guerra civil.

con un programa absolutamente nuevo; la firmeza ideológica de Lenin y la rudeza inaudita de Stalin, unidas a la enorme capacidad de sacrificio del pueblo ruso; el electrizante estímulo que significó para el sistema la gran victoria rusa en la segunda guerra mundial; la puesta en órbita del primer satélite artificial de la tierra y del primer cosmonauta... Todos estos fueron muy importantes factores en favor de las bondades del audaz experimento marxista-leninista; pero al mismo tiempo que legitimaron y fortalecieron el sistema, hicieron bien difíciles las posibilidades de su reforma, aún en los actuales momentos, cuando por razones históricas comparativas con lo sucedido en otras naciones, la necesidad de la transformación del sistema se ha hecho vital.

Hoy podemos afirmar que sin un gran mercado —interno y externo—, abierto y competido, variado, dinámico, creciente y de un tamaño no muy distante al de su rival, los Estados Unidos, la Unión Soviética no podrá sostenerse en su papel de primera potencia mundial. Si esto es cierto, como parece serlo, podríamos preguntarnos:

¿Los dirigentes soviéticos están llegando ya, abiertamente, a la confesión de que las realidades del desarrollo económico, al finalizar el siglo XX, son incompatibles con su sistema de gobierno?

¿Tendrán estos dirigentes el coraje herético y revolucionario de seguir transitando, resueltamente, por el difícil camino de las rectificaciones?

¿O por razón de las rigideces del sistema tendrán que conformarse con ser una potencia de segundo orden, aislada, uniforme, cerrada, apegada sin remedio a los dogmas de su partido-iglesia?

¿Será necesaria una revuelta o golpe de estado para poder arrancarle a la Nomenklatura sus privilegios, o tendrá ésta la inteligencia y el valor necesarios para aceptar el cambio pacífico?

*Tito Livio Caldas*